

INTERNACIONAL [/internacional.html] La casta de los 'intocables'

Una vida recogiendo excrementos

- Miles de mujeres limpian letrinas con sus propias manos, sin ninguna protección, en la India
- Este oficio prohibido por el Gobierno pero recurrente las condena al ostracismo



De izqda. a dcha., Priyanka, Usha, Soonam y Sanjosh, mujeres que antes recogían excrementos, en la sede de Sulabh.
 † ELENA DEL ESTAL

VÍCTOR M. OLAZÁBAL > ESPECIAL PARA EL MUNDO > Nueva Delhi (India)

Actualizado:19/07/2015 02:58 horas

169

262

Anokhi no olvida su primera vez recolectando heces humanas. "Lo primero que hice fui vomitar". Se acostumbró a devolver, pero luego vinieron las gastroenteritis, la falta de apetito y los dolores de cabeza continuos. Estuvo 17 años limpiando letrinas en Alwar, un pueblo de Rajastán, al oeste de India. 20 retretes al día por 400 rupias al mes. **No llega a seis euros**. "Me obligó mi cuñada. Mi familia me amenazaba, por eso no podía dejarlo", recuerda.

Una ley de 1993 y otra de 2013 prohibieron este denigrante trabajo en India. El ex primer ministro **Manmohan Singh** afirmó que esta práctica era "una de las mayores manchas en el desarrollo" del país y prometió erradicarla. El año pasado el Tribunal Supremo reconoció que la recogida manual de excrementos seguía siendo habitual y era **una violación de los derechos humanos**.

Nada de eso ha evitado que en la actualidad haya miles de personas, la gran mayoría mujeres, cuyo oficio sea recoger heces sin protección alguna, una costumbre milenaria. Las cifras oficiales hablan de 12.000 recolectoras, el 80% en Uttar Pradesh, pero la **Red Internacional de Solidaridad Dalit (IDSN)** calcula que son 1,3 millones. Armadas con un canasto, una escobilla, una espátula y, por supuesto, sus manos, limpian letrinas en casas y estaciones, desagües, fosas sépticas, alcantarillas o vías de tren. Según el censo indio, quedan **800.000 letrinas secas carentes de cisternas automáticas y 1,3 millones que dan a un desagüe abierto**.

Las recolectoras nacieron *dalits*, intocables, el escalafón más bajo de la pirámide social hindú, y no tuvieron escapatoria porque si no heredaron el trabajo de sus progenitores lo hicieron al casarse. Es el caso de **Priyanka**, de 25 años, que empezó bajo imposición de su suegra. "Lo peor era el monzón. Con las lluvias, la mierda se escurría por la cesta y me caía sobre la cabeza y la ropa. **Ese olor no se iba nunca**, me perseguía", afirma sobre un empleo que realizó durante cuatro años. **Savatri**, la mujer que la introdujo en esto, dice que "no tenía otra opción, tenía que hacerlo. Yo estuve así 36 años".

Debido a este "legado familiar", las recolectoras **están condenadas al ostracismo**. Si el trabajo entre excrementos y moscas ya les resulta desagradable, la humillación a la que se ven sometidas en su entorno es casi peor. El desprecio comienza en las casas en las que limpian. "Me

trataban como a una *intocable*. **Tenía que guardar distancia siempre, ni siquiera nuestras sombras podían tocarse**, y me arrojaban la comida desde arriba", asegura Savatri. A pesar de la deshonra, no se despegan de esas familias de casta superior que las alimentan y las dan ropas usadas.

Problemas de salud

Human Rights Watch denunció en un informe de 2014 que esta práctica, persistente gracias a la "complicidad" de las autoridades locales, acarrea también problemas de salud como enfermedades dermatológicas, anemia, diarrea, vómitos, ictericia o tracoma. "(El Gobierno) debería centrarse en erradicar el empleo basado en las castas y la discriminación que esta comunidad soporta. **Los recolectores necesitan una rehabilitación adecuada** y acceso a unos ingresos sostenibles", afirma a este diario Meenakshi Ganguly, directora de HRW en el Sur de Asia.

Para la directora de IDSN, **Rikke Nöhrind**, estamos ante "una de las peores manifestaciones de la discriminación por casta" y es "responsabilidad del Gobierno hacer cumplir las leyes y ofrecer una salida alternativa para las recolectoras" ya que, aunque consigan salir de ese círculo, sus manos estarán manchadas de por vida a ojos de la comunidad, algo que **les impedirá acceder a otros empleos**.

Organizaciones civiles, como **Sulabh International**, apoyan a las recolectoras en su reinserción. "El primer reto era liberarlas de esa faena, luego que tuviesen una educación y que desarrollasen otras habilidades para poder tener sus ingresos", afirma su fundador, **Bindeshwar Pathak**, un sociólogo inspirado en **Mahatma Gandhi** que incide en la necesidad de que "las castas altas respeten sus derechos y **las dejen entrar en templos, bañarse en ríos sagrados o comer junto a los demás**".

Usha Chaumar nació en Rajastán y recogió heces junto a su madre durante más de 30 años. Nunca hacía menos de 15 letrinas al día por cuatro euros al mes. "Era un trabajo horrible, humillante", recuerda. Un día apareció Pathak en su vida. "Al principio desconfiaba porque los políticos hacían lo mismo: venían, prometían y luego nada. Pero en 2003 vi el centro que construyó para nosotras y **supe que era diferente**. No podía creerme cuando me dijo que al día siguiente no tendría que hacer más ese trabajo".

En ese centro más de 100 recolectoras aprenden a leer y escribir y reciben formación profesional. Usha, ahora presidenta de Sulabh, se siente **orgullosa animando a otras mujeres a salir de una vida entre excrementos**. Dice que los dueños de las casas en las que vaciaba letrinas la llaman para trabajar en bodas o simplemente la invitan a comer. **Ya no es una paria**.

Usha gana 5.000 rupias. Su hija va a ir a la universidad y nunca más ha tenido que transportar materia fecal en la cabeza. **Priyanka** y **Savatri** son costureras e ingresan 4.000 rupias. **Anokhi** procesa comida por 4.500. Ninguna gana más de 80 euros; es poco, lo saben, pero afirman que "es vivir una segunda vida". Queda una última duda que responde el fundador de **Sulabh**:

- ¿Por qué visten todas de azul?

- Es el color del cielo, de la libertad. Antes estaban encerradas en la cárcel de la sociedad, ahora son libres.